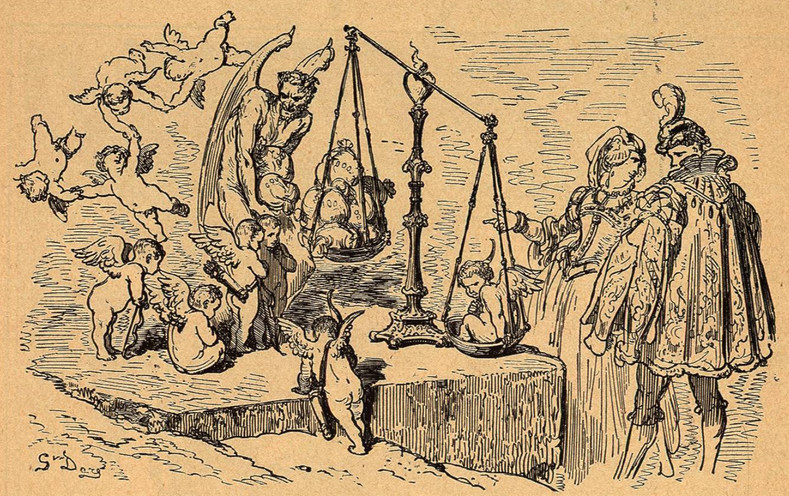
mano al pobre Basilio; y ella más dura que un mármol, y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turtillas de Basilio sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase.

Finalmente, el cura y Camacho con todos los más circunstantes se tuvieron por burlados y escarnecidos.

La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no había de ser



bada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano.

Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo:

—¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte.

Lo que te suplico es, oh fatal estrella mía, que la mano que me pides y que quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimiento con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha la mano de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.

—Para estar tan mal herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y piadoso, les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen poso al alma del desposado; el cual así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servía de vaina su cuerpo.

Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: ¡Milagro! ¡milagro! Pero Basilio replicó:

—No milagro, milagro, sino industria, industria.

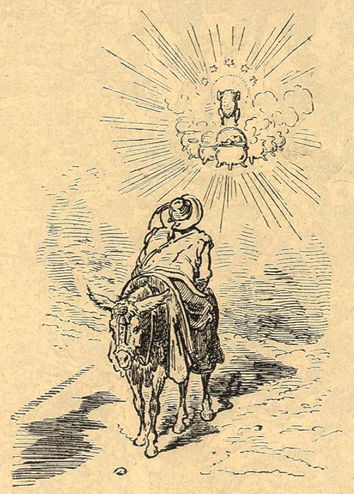
El cura, desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado no por la carne y costaledero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo Don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos.

Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en respeto. Don Quijote á grandes voces decía:

Teneos, señores, teneos, que no es razón tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estrategemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposición de los cielos.

Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuándo, dónde y cómo quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá

separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza; y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían; y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuaciones del cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria quería bien á Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sus secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.

Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A sólo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, la representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.